MERYL STREEP

SIEMPRE ELLA

PENÍNSULA HUELLAS

MICHAEL SCHULMAN

Meryl Streep

Michael Schulman

Siempre ella

Traducción de Yolanda Fontal

ediciones península

Título original: *Her Again. Becoming Meryl Streep*

© Michael Schulman, 2016
Todos los derechos reservados

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

Primera edición: enero de 2018

© de la traducción del inglés: Yolanda Fontal Rueda, 2018

Créditos de las imágenes del pliego (en el sentido de las agujas del reloj):
Pág. 1: cortesía de la Bernardsville Public Library Local History Collection; cortesía de C. Otis Sweezey; cortesía de Michael Booth. Pág. 2: foto de William Baker, cortesía de William Ivey Long; foto de Martha Swope/© Billy Rose Theatre Division, The New York Public Library for the Performing Arts; foto de George E. Joseph/© Billy Rose Theatre Division, The New York Public Library for the Performing Arts. Pág. 3: ilustración © Paul Davis; Photofest; Irv Steinberg/Globe Photos, Inc. Pág. 4: Universal Pictures/Photofest © Universal Pictures; foto de Mondadori Portfolio/Getty Images. Pág. 5: United Artists/Photofest © United Artists; foto de Jack Mitchell/Getty Images. Pág. 6: Columbia Pictures/Photofest © Columbia Pictures; Columbia Pictures/Photofest © Columbia Pictures. Pág. 7: foto de Graham Turner/Getty Images; foto de Art Zelin/Getty Images. Pág. 8: foto de ABC Photo Archives/ABC vía Getty Images.

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2018
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición
EGEDSA - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B-25.213-2017
ISBN: 978-84-9942-659-4

ÍNDICE

Prólogo 13

Mary 25
Julia 47
Constance 81
Isabella 129
Fredo 165
Linda 195
Joanna 243

Personajes secundarios 305
Agradecimientos 313
Notas 317

MARY

El primer sábado de noviembre, el alumnado de la Bernards High School se reunió para celebrar un rito sagrado.[1] Se trataba de la fiesta de bienvenida: la ratificación de una jerarquía adolescente muy disputada. En un campo de fútbol americano de hierba natural escondido detrás de una iglesia metodista, los Mountaineers de Bernards, sin esperanza alguna, se enfrentaban a sus rivales de Dunellen, un municipio de Nueva Jersey no muy diferente al suyo. En el descanso, los jugadores abandonaron el campo.

Era el momento de coronar a la reina de la fiesta de 1966.

Todos los miembros de la escuela sabían quién iba ganar ese año: una alumna del último curso rubia y con ojos azules que vivía en el número 21 de Old Fort Road. Era una de esas chicas que parecen tenerlo todo: inteligente, guapa y con un novio en el equipo de fútbol americano. La habían visto en el equipo de animadoras. Y en el coro. Y en las obras de teatro escolares, donde siempre interpretaba el papel principal. Mientras la escoltaba hasta el campo el presidente del consejo estudiantil, ataviado con pajarita, los ojos de Bernardsville se posaron en su rostro límpido y singular.

Era guapa. Todo el mundo lo sabía excepto ella. Tenía una piel de alabastro y unos pómulos marcados que parecían cincelados como los de las estatuas; los ojos, con grandes párpados y ligeramente juntos; el cabello del color del maíz,

y una nariz tan larga y aguileña que era prácticamente un acontecimiento.

Pensaba que no era lo suficientemente guapa para ser una estrella de cine. Las estrellas de cine eran femeninas, voluptuosas o recatadas. Eran Audrey Hepburn, Ann-Margret o Jane Fonda. Las estrellas de cine eran guapas. Y por muchos chicos que se hubieran peleado por su afecto, ella se decía a sí misma que no lo era. No con esa nariz.

Pauline Kael lo expresó de este modo: «Streep posee la hermosura rubia y de ojos claros de una valquiria; el largo ligeramente excesivo de su nariz confiere a su rostro una distinción que la aleja de la categoría de guapa para incluirla en la de verdadera belleza».[2] No importa que Kael se convirtiera en su crítica más vehemente. Tenía razón: Meryl Streep no era guapa. Era algo más, algo más interesante o, cuando menos, más difícil de clasificar. Cuando arqueaba una ceja o torcía los labios, podía ser cualquiera: una aristócrata, una mendiga, una amante, un payaso. Podía ser nórdica, inglesa o eslava. Pero, en aquel momento, lo que ella quería ser era una estadounidense típica.

La reina de la fiesta de bienvenida del año anterior, June Reeves, había regresado del colegio universitario para desempeñar su último cometido: colocar una brillante diadema en la cabeza de su sucesora. La reina recién coronada se subió a una carroza engalanada con flores y flanqueada por su cortejo: Joann Bocchino, Ann Buonopane, Ann Miller y Peggy Finn, todas ellas con la melena con las puntas hacia fuera y ramilletes. Mientras la carroza atravesaba el campo, Meryl saludaba a los asistentes y sonreía, mostrando un guante blanco. Había trabajado duro para llegar a ser la reina: se había acicalado, oxigenado el pelo y transformado en la persona que estaba decidida a ser.

Ninguno de sus súbditos sabía lo fuera de lugar que se sentía en ese papel. Lo que veían era el personaje que estaba representando, hasta el último cabello dorado de su cabeza. Incluso su risita era una construcción: la había practicado para que fuera más ligera y grácil, como les gustaba a los chicos.

Ella no lo habría llamado actuar, pero eso era lo que hacía. Con una diligencia inquebrantable, había pasado sus años de instituto inmersa en un papel. Sin embargo, por muy buena que fuera interpretándolo, siempre habría grietas en la fachada. La verdad es que no se parecía a las mujeres que veía en las revistas. Había engañado a esas personas o a la mayoría de ellas. Las chicas adivinaban sus intenciones.

Mientras saludaba a los asistentes, se mantenía en el papel. Le gustaba ser alabada, aunque quizá se sintiera un poco sola. Subida en la carroza, viajaba en su propio avión, unos centímetros más cerca del cielo de noviembre que cualquiera de sus supuestos compañeros. Ojalá June, Peggy o su mejor amiga, Sue, pudieran unirse a ella, pero solo había una reina y su trabajo consistía en ser la mejor. Tal vez por primera vez, y sin duda no iba a ser la última, Meryl Streep supo que la perfección puede ser una cárcel.

Tenía diecisiete años.

No tardaría en descubrir que la transformación, y no la belleza, era su carta de presentación. Había estado con ella desde un principio. Podríamos denominarla «la zona» o «la iglesia». Era un lugar que visitaba antes de saber cómo describirlo, aunque nunca se hubiera percatado de ello.

«Tenía seis años y me puse la combinación de mi madre sobre la cabeza. Me preparaba para representar a la Virgen María en nuestra sala de estar. Mientras envolvía a mi muñeca Betsy Wetsy, me sentí calmada, santa de verdad, y mi rostro transfigurado y el cambio de comportamiento que mi padre grababa en Super-8 atrajeron al trance a mis hermanitos: Harry, de cuatro años, era José, y Dana, de dos, un animal del establo. Se vieron atraídos hasta ese pequeño belén por la intensidad de mi concentración de un modo que jamás habría conseguido con mi técnica habitual para obligarlos a hacer lo que quería, que consistía en gritarles.»[3]

Eso fue a los seis años. Y a los nueve:

«Recuerdo que cogí el lápiz de cejas de mi madre y me pinté con cuidado líneas por todo el rostro, reproduciendo las arrugas que había memorizado de la cara de mi abuela, a la que adoraba. Luego le pedí a mi madre que me hiciera una foto. Cuando la miro en la actualidad, me veo a mí misma ahora y a mi abuela entonces. Pero recuerdo perfectamente que aquel día pude sentir su edad. Caminé encorvada. Me sentí abrumada por el peso, pero alegre. Me sentí como ella.»[4]

La Virgen María era un primer papel natural: Meryl procedía de una larga estirpe de mujeres llamadas María. Su madre se llamaba Mary Wolf Wilkinson, y la madre de esta, Mary Agnes, abreviado Mamie. Cuando el 22 de junio de 1949 nació la primera hija de Mary Wolf, en Summit, Nueva Jersey, la llamó Mary Louise. Pero tres Mary en una misma familia eran demasiadas y, antes de que Mary Louise aprendiera a pronunciar su nombre, su madre ya había empezado a llamarla Meryl.

De pequeña no sabía mucho sobre sus antepasados. Por parte de madre descendía de cuáqueros que se remontaban a la guerra de Independencia.[5] Circulaba la historia de que habían ahorcado a alguien en Filadelfia por robar caballos. Una de sus abuelas destrozaba bares en tiempos del Movimiento por la Templanza. Su abuelo Harry Rockafellow Wilkinson, al que sus nietos llamaban Harry Pop, era bromista y gesticulador. Cuando Meryl era pequeña, sus abuelos maternos aún seguían diciendo «*thee*» y «*thou*».*

Mary Wolf tenía una cara ancha y afable, y un sentido del humor inteligente heredado de su padre; cuando Meryl interpretó años más tarde a Julia Child, se inspiró en la inmensa *joie de vivre* de su madre.[6] Mary nació en 1915, en Brooklyn. Trabajó de directora artística en Bell Labs durante la Segunda Guerra Mundial y más tarde estudió en la Art Students League de Nueva York. Como la mayoría de sus coetáneas, Mary

* Formas arcaicas del adjetivo posesivo y el pronombre personal de segunda persona. *(N. de la t.)*

abandonó el trabajo que había realizado durante la guerra para ser esposa y madre a tiempo completo: el tipo de mujer al que Betty Friedan quería movilizar con la publicación en 1963 de *La mística de la feminidad*. Sin embargo, Mary no sufría la enfermedad que Friedan había observado en tantas amas de casa, tal vez porque nunca renunció a sus aspiraciones artísticas. Mientras criaba a sus hijos, trabajaba de dibujante de publicidad en un estudio en el patio trasero, donde realizaba ilustraciones para publicaciones y empresas locales. De haber formado parte de la generación de su hija, podría haber salido de casa y tenido una carrera profesional. En realidad, siguió trabajando, y los ingresos adicionales no venían nada mal.

En la rama paterna de Meryl no había la misma efervescencia. «Streep» es un apellido alemán, aunque durante muchos años creyó que era holandés. Su padre, Harry Streep júnior, era hijo único. (En su familia había tantos que se llamaban Harry y Henry como mujeres llamadas Mary.) Nació en Newark en 1910 y lo apodaron Buddy. Fue a estudiar a Brown con una beca. Al cabo de un año llegó la Depresión y se vio obligado a abandonar. Trabajó durante tres décadas en el departamento de personal de Merck & Co., y su labor consistía principalmente en contratar y despedir. Meryl percibía cierta melancolía en su padre, posiblemente heredada de su madre, Helena, a la que habían internado por depresión clínica. El marido de Helena, Harry William Streep, era un viajante que la dejaba sola con su hijo gran parte del tiempo. Ya anciano, el padre de Meryl vio a su nieto Henry Wolfe Gummer en una representación de *Muerte de un viajante* en el instituto y, entre lágrimas, dijo: «Era mi padre».

Cuando Meryl visitaba el apartamento de sus abuelos paternos, percibía una atmósfera impregnada de tristeza. Las persianas estaban siempre bajadas, por lo que apenas entraba un rayo de luz; no tenía nada que ver con la acogedora casa de los Wilkinson. Su abuela lo reutilizaba absolutamente todo. Con trocitos de papel de plata, iba haciendo una bola, cada vez más grande, que guardaba debajo del fregadero. Eso fascinaba a Meryl.

En el resplandor de la posguerra, las familias como la de los Streep tenían a su alcance un sueño americano prometedor y burgués. Cuando la familia aumentó, se mudaron a la región central de Nueva Jersey, primero a Basking Ridge y después a Bernardsville. Después de Meryl llegó Harry Streep III, apodado Third, y después otro niño, Dana, un bromista flacucho y pecoso. Los padres de Meryl la llevaban a los partidos de la Little League de sus hermanos, aunque era tan revoltosa y atlética como ellos, si no más.

En Bernardsville vivían en una calle arbolada en lo alto de una pequeña colina, a muy poca distancia del instituto público. El pueblo formaba parte del «cinturón rico» de Nueva Jersey, situado a unos setenta y dos kilómetros al oeste de la ciudad de Nueva York. En 1872, una nueva línea de ferrocarril había transformado un tranquilo grupo de casas de campo en una ciudad dormitorio para neoyorquinos adinerados. Allí construyeron residencias de verano alejadas del trajín de la ciudad. Los más elegantes erigieron mansiones en Bernardsville Mountain. Los «montañeses», como los llamaban algunos de los que vivían más abajo, enviaban a sus hijos a internados y trotaban por la zona a caballo. Años más tarde figurarían entre ellos Aristóteles y Jacqueline Onassis, que poseían una propiedad de cuatro hectáreas en Bernardsville.

La línea de ferrocarril dividía en dos el resto de la población: los protestantes de clase media a un lado, y al otro los italianos de clase trabajadora, muchos de los cuales se ganaban la vida construyendo las casas de los montañeses. Había pocas industrias locales, a excepción de Meadowbrook Inventions, que fabricaba purpurina. Salvo por su alta sociedad ecuestre, el pueblo era similar a muchos otros situados a lo largo de la línea Erie Lackawanna: un lugar en el que todos se conocían, donde los banqueros y los agentes de seguros cogían el tren para ir a la ciudad cada mañana y dejaban a sus esposas e hijos en su frondoso idilio doméstico.

Los Streep, miembros de la mundana clase media de Bernardsville, no se parecían en nada a los montañeses. No poseían caballos ni enviaban a sus hijos a academias privadas. Su vivienda, a diferencia de las casas de estilo colonial populares en la población, era moderna, con un biombo japonés en el salón y un piano que la señora Streep tocaba por las tardes. Fuera había un jardín en el que los niños podían pasar el rato las tardes de verano.

Harry tenía grandes expectativas para sus hijos, a los que quería llevar por el camino recto. Y, en Bernardsville, el camino recto era muy recto. Mary era delicada y poseía un ingenio irreverente. Además de los cumpleaños, los hermanos disfrutaban de «días especiales»[7] en los que podían decidir qué querían hacer. Durante algún tiempo Meryl eligió el zoo o el circo, pero pronto sus días especiales consistieron en acudir a espectáculos de Broadway: *Oliver!*, *Kismet*, Ethel Merman en *Annie, la reina del circo*. Meryl adoraba los musicales; creía que eran el único tipo de teatro que existía. En una función de tarde de *El hombre de La Mancha* se sentó en primera fila y «estaba radiante», según recordaría su madre.[8]

Era mandona con sus hermanos pequeños y los obligaba a participar en juegos imaginativos, les gustara o no. Al fin y al cabo, eran sus únicos compañeros de escena. Third accedía; más tarde la describió como «bastante horrible cuando era pequeña».[9] Sin embargo, los demás niños del barrio no eran tan fáciles de manipular. «No tuve una infancia feliz. En primer lugar, creía que no le gustaba a nadie […]. De hecho, diría que tenía pruebas bastante convincentes. Los niños me perseguían hasta un árbol y me pegaban con palos en las piernas hasta que sangraba. Además, era fea», afirmó en 1979.[10]

No era horrible. Pero, desde luego, no era femenina. Cuando Meryl veía a Annette Funicello desarrollar curvas en *The Mickey Mouse Club*, percibía un atractivo juvenil del que ella carecía por completo. Con sus gafas de ojo de gato y su permanente de color castaño hasta los hombros, parecía una se-

cretaria de mediana edad. Algunos niños de la escuela creían que era una maestra.

A los doce años, se levantó en un concierto navideño de la escuela e interpretó en solitario *Minuit, chrétiens*. El público se puso en pie, quizá asombrado de oír al terror de la vecindad producir un sonido tan puro y elevado. Fue la primera vez que experimentó la embriaguez del aplauso. Entre las personas sorprendidas, figuraban sus padres. ¿Dónde había estado escondiendo Meryl su coloratura?

Alguien les habló de apuntarla a clases de canto, y lo hicieron. Todos los sábados por la mañana cogía el tren hasta la ciudad de Nueva York para reunirse con Estelle Liebling. La señorita Liebling, como la llamaban sus alumnos, era una superviviente de un mundo desaparecido. Su padre había estudiado con Franz Liszt y era la última pupila viva de la gran profesora de canto parisina Mathilde Marchesi.[11] Había interpretado a Musetta en la Metropolitan Opera y había ido de gira por dos continentes con John Philip Sousa. En aquel momento tenía más de ochenta años y era una matrona elegante que usaba zapatos de tacón y lápiz de labios carmesí, y que imponía pese a su cuerpo menudo. Conocía a todos en el mundo de la ópera y parecía forjar sopranos de primera fila con tanta rapidez como el Met podía acogerlas.

Con tan excelsa profesora, no había nada que impidiera a la adolescente Meryl convertirse en una soprano de fama mundial. No la volvía loca la ópera (prefería a los Beatles y a Bob Dylan), pero tenía una voz demasiado buena para desperdiciarla. Todos los fines de semana acudía al estudio de la señorita Liebling, situado cerca del Carnegie Hall, y permanecía de pie junto al piano mientras la octogenaria profesora le hacía repetir escalas y arpegios. Le enseñó a respirar. Le enseñó que la respiración es tridimensional, recordándole «¡Hay espacio detrás!».[12]

Mientras esperaba fuera del estudio de la señorita Liebling para su cita de las once y media, sentía resonar un magnífico sonido proveniente del interior. Era la alumna de las diez y

media, Beverly Sills, una risueña pelirroja de poco más de treinta años que recibía clases de Estelle desde los siete. Meryl creía que Beverly era buena, pero que también lo era ella. Y tampoco nadie había oído hablar jamás de Beverly.

No era del todo cierto: Sills cantaba con la New York City Opera desde 1955 y pocos años después interpretaría su papel revelación, el de Cleopatra en el *Julio César* de Händel. «La señorita Liebling era muy estricta y formal conmigo —escribió Sills en su autobiografía—. Cuando se sentaba al piano, nunca me dejaba leer la música por encima de sus hombros y se enfadó mucho las pocas veces que me presenté sin haberme preparado. Una de las admoniciones favoritas de la señorita Liebling era: "¡Texto! ¡Texto! ¡Texto!", que repetía cada vez que creía que me limitaba a cantar las notas y no prestaba atención al significado de la letra. La señorita Liebling quería que cantara como actuaba Laurence Olivier, que interpretara de forma que mi público respondiera emocionalmente.»[13]

Liebling tenía otro mantra: «¡Cúbrela! ¡Cúbrela! ¡Cúbrela!».[14] Se refería a esa difícil transición vocal entre el registro más bajo y el más alto denominada *passaggio*. Para algunos cantantes era un campo de minas. La señorita Liebling les decía a sus pupilos que la cubrieran, pero solo con ciertas vocales: una «o» o una «o» larga, nunca una «a» abierta. «Asegúrate de que la transición sea perfecta.» Para una adolescente desgarbada con un aparato dental y el cabello castaño enmarañado, la idea debía tener cierto atractivo adicional: «Cubre la transición. Asegúrate de que sea perfecta».

En el otoño de 1962, los padres de Meryl la llevaron al City Center, la sede de la New York City Opera. Sills debutaba en el papel de Milly Theale en *Las alas de la paloma*, de Douglas Moore.[15] Era la primera vez que Meryl veía una ópera y estaba embelesada. Hasta entonces, Beverly había sido la agradable señora cuyas clases precedían a las suyas. Al verla en el escenario, Meryl comprendió para qué eran todos aquellos

ejercicios de los sábados por la mañana: el éxito podía coronar todas esas agotadoras horas de trabajo.

Esa noche también se dio cuenta de otra cosa: no tenía una voz como la de Beverly y nunca iba ser una cantante de ópera.

Al cabo de cuatro años, abandonó las clases con la señorita Liebling. Su renuncia a sus sueños de debutar en el Met no fue la única causa. Meryl había superado la pubertad y lo que había al otro lado era más tentador que Verdi: descubrió a los chicos.

Era el momento de llevar a cabo su metamorfosis.

A los catorce años, Meryl Streep se deshizo del aparato dental, renunció a las gafas y empezó a utilizar lentillas. Se empapaba el cabello con zumo de limón y peróxido hasta que brillaba como el oro. Por la noche, se ponía rulos; era una tortura, pero se levantaba con una garbosa melena con las puntas hacia afuera. Mientras Meryl se acicalaba durante horas frente al espejo del baño, sin duda para disgusto de sus hermanos pequeños, descubrió que la belleza le confería prestigio y fuerza. Pero, como la mayoría de las adolescentes que se adentran precipitadamente en la edad adulta, apenas era consciente de lo que dejaba atrás.

«La empatía es la clave del arte del actor. Y en el instituto adopté otra forma de actuar. Quería aprender a ser atractiva, así que me estudié el personaje que imaginaba que quería ser, el de la chica de instituto bonita», afirmaría Meryl.[16] Emulaba a las mujeres de *Mademoiselle*, *Seventeen* y *Vogue*, copiando sus pestañas, su vestuario y el lápiz de labios. Comía una manzana al día y poco más. Le suplicó a su madre que le comprara ropa de marca, pero esta se negó. Perfeccionó su risita tonta.

Trabajaba día y noche, sin ser consciente de que se había asignado un papel en el que no encajaba. Estudiaba lo que les gustaba a los chicos y lo que aceptarían las chicas, y memorizaba en qué coincidían ambos: una «complicada negociación».[17] Descubrió que podía imitar el comportamiento de otras per-

sonas con una precisión impecable, como si un marciano se hiciera pasar por terrícola. «La verdad es que creo que trabajé con más ahínco en esta caracterización que en ninguna otra que haya hecho desde entonces», recordaba.[18] El patito feo y la pequeña abusona descarada de Old Fort Road se desvanecieron. A los quince años, aquella Meryl había desaparecido y su lugar lo ocupaba «el perfecto bombón de la revista *Seventeen*».[19]

Era una magnífica impostora.

Las novedades de los años sesenta no parecían llegar a Bernardsville, pese a que la contracultura ya prendía en otros lugares. Claro que sus amigos escuchaban a los Beatles y *Light My Fire*, pero la transgresión consistía en tomar una cerveza, no en fumar un porro. El lugar parecía sacado de *Bye Bye Birdie*. Las chicas llevaban vestidos hasta las rodillas con vuelo y cuello babero cerrados con un pequeño broche circular. Los chicos vestían pantalones militares y chaquetas de madrás, y se peinaban con raya. El subdirector se paseaba con una regla para medir sus patillas: si eran demasiado largas, los enviaban a casa.

La diversión consistía en comer una hamburguesa en el pequeño restaurante del centro del pueblo o en ver una película en el cine local. En el «baile de los bebés», los estudiantes de primer año se vistieron con gorritos y pañales. Al año siguiente, se celebró el «baile de los jerséis». Después vendría el baile de los alumnos de penúltimo curso, cuya temática fue «en los viejos tiempos». Era un tema apropiado. «Vivíamos dentro de una pequeña concha; creíamos que estábamos protegidos y que todo sería seguro allí», diría Debbie Bozack (nacida Welsh), quien, como Meryl, inició el noveno curso en septiembre de 1963, dos meses antes del asesinato de Kennedy.[20]

Debbie conoció a Meryl en el aula uno de los primeros días de clase. En la antigua escuela de Debbie solo había cinco niños en su curso y los atestados pasillos de Bernards High la

aterrorizaban, al igual que la perspectiva de cambiarse para la clase de gimnasia. Meryl, sin embargo, parecía segura de sí misma y valiente. Compartían la mayoría de las clases, por lo que Debbie la seguía a todas partes como si fuera una discípula.

Como nueva adepta de la conformidad adolescente estadounidense, Meryl ansiaba incorporarse al equipo de animadoras. Y también Debbie. Pero Debbie no podía hacer una voltereta por más que lo intentara. Además de sentirse segura de sí misma, Meryl era atlética. Era una profesional. Algunos días Debbie acompañaba a Meryl a su casa después de la escuela, donde esta intentaba enseñarle a hacer la voltereta en el césped. Meryl le guiaba las piernas por encima de su cabeza mientras las manos de Debbie chocaban con los guijarros arrastrados por la lluvia. Al final no sirvió de nada. Debbie no entró en el equipo. Meryl, por supuesto, sí.

Los fines de semana de otoño, los estudiantes coincidían en los partidos de fútbol americano. Iba todo el mundo, salvo los cerebritos y los *greasers*. Todos tenían su sitio. Estaban las *majorettes*. Estaba la guardia de colores, en la que Debbie había conseguido un puesto. Estaba la banda de música, que era bastante buena, en parte gracias a un precoz alumno del último curso que se llamaba John Geils, quien unos años más tarde cambiaría la trompeta por la guitarra y crearía la J. Geils Band.

Sin embargo, las animadoras se mantenían apartadas del resto. No es que fueran malvadas, sino que eran inseparables, unidas por su buen aspecto y su popularidad. Con la letra «B» estampada en sus uniformes, cantaban «*Thunder*, *thunder*, *thunderation!*». Meryl se hizo muy amiga de otra animadora, Sue Castrilli, que trabajaba en el Dairy Queen. No había mucho que hacer en Bernardsville aparte de conducir en bucle por la 202 entre el Dairy Queen y la estación de tren una y otra vez. Cuando Sue trabajaba, les ponía el doble de salsa a sus amigos.

En clase, Meryl estaba atenta cuando le convenía. Tenía facilidad para las lenguas, al menos para los acentos. Si no le interesaba el profesor, sacaba suficientes. Sentía pavor por el

de geometría, al que los chicos llamaban Fang [Colmillo]. Aún peor era la biología. «Recuerda la biología y el examen de biología, y no volverás a dormir», escribió un chico en el anuario de segundo año de Meryl. «No sé qué harías si no te diera todas las respuestas», escribió otro.[21]

Al tener dos hermanos, se sentía cómoda entre los chicos, quizá más que con las chicas. Le gustaban los chicos que se sentaban en la última fila porque eran divertidos; de ellos extraía lecciones de actuación que iba a utilizar mucho más tarde. Por entonces, Meryl se contentaba con ser su público y tenía cuidado de no salirse de su personaje. En casa, la cena se convertía en un clamoroso intercambio de ideas. Pero Meryl aprendió que las opiniones no te consiguen una segunda cita: a los chicos no les gustaba que les llevaran la contraria. De modo que dejó las opiniones relegadas a un segundo plano.[22]

En la primavera de 1964, cuando Meryl cursaba primer año de instituto, conoció a Mike Booth.[23] Había salido una o dos veces con J. D., el primo de este. Mike era un estudiante de segundo curso con el cabello oscuro y bastante largo, y una amplia sonrisa. Llevaba jerséis Shetland con las mangas hasta el codo: lo más parecido a la rebeldía en la Bernards High. Su padre lo consideraba un fracasado, y Mike le demostraba que estaba en lo cierto bebiendo y metiéndose en peleas. Había aprobado el primer año de instituto por poco.

—¿Te gusta estar en la Bernards High? —le preguntó Meryl cuando J. D. los presentó.

—Ahora sí.

Mike pensaba que Meryl era genial. «Sus ojos eran muy brillantes. Su sonrisa, sincera. No sonreía socarronamente ni seguía la corriente, como muchas chicas. Sin embargo, se la veía un poco incómoda, como si estuviera convencida de que su vestido no le sentaba bien, sus zapatos eran inadecuados o simplemente de ser fea», recordaría.

Mike empezó a acompañarla andando a casa desde el instituto; no tenía permiso de conducir. Durante el verano, acudían a casa de su tía Lala para merendar al aire libre, nadar en el estanque o jugar al béisbol. Por las noches, iban a fiestas o al cine de Bernardsville, y corrían de camino a casa para que Meryl pudiera llegar a la hora, a las once. Mike le escribió un poema y ella le regaló un tomo de poesía estadounidense y británica moderna, un regalo navideño de su padre.

A mitad del verano, Mike empezó a jugar al fútbol americano, y Meryl, a practicar con las animadoras. Quedaban a la hora del almuerzo y Meryl compartía con él uno de sus característicos bocadillos de mantequilla de cacahuete y mermelada, que acompañaban con un refresco y un *brownie* o un trozo de pastel del día anterior, y Meryl bromeaba acerca de que era «añejo como un buen queso». A Mike le gustaba su humor irónico, que usaba para restar importancia a cualquier cosa que la fastidiara. A veces Meryl hacía imitaciones para él, y él la consideraba una «fantástica imitadora». Si él le preguntaba si le gustaba nadar, ella ponía acento de Jersey y decía: «Claro que sí», mientras flexionaba los bíceps y alardeaba: «Soy bastante atlética para ser una chica».

Un día, de camino a la piscina comunitaria, vieron brillar un anillo tirado al borde de la carretera. Era un artículo promocional de American Airlines, con un águila metálica rodeada por las palabras «piloto júnior». Mike se lo puso en el dedo a Meryl. Iban en serio.

A Harry Streep no le gustaba nada la idea. Al principio, solo le permitió a Meryl ver a Mike una vez a la semana. Luego fue una vez cada dos semanas. Y después insistió en que saliera con otros chicos, ya que era demasiado joven para tener un novio formal. Un día, en la piscina, Meryl ganó una carrera de natación y, cuando salió del agua, Mike le dio un beso en la mejilla. El señor Streep se enteró y castigó a su hija por la muestra pública de afecto.

Finalmente, la apartó por completo de él. Mike y Meryl se vieron en secreto en un sendero del bosque situado entre sus casas, separadas por algo más de un kilómetro y medio de distancia. Mike le entregó un poema de amor. Meryl tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar. Esa noche, al llegar a casa, le advirtió a su padre: «Si no me das algo de libertad ahora, seré una de esas chicas que pierden la cabeza cuando se marchan a la universidad». Su padre recapacitó.

En las notas que le escribía a Mike, Meryl fantaseaba sobre su futuro juntos. Se casarían después del instituto y se trasladarían a una isla remota, donde se alistarían en los Cuerpos de Paz y «civilizarían a los indígenas». Después Meryl iba a ir al Sarah Lawrence, o quizá a Bard, mientras Mike se licenciaba en Derecho y se convertía en periodista a tiempo parcial. Él ganaría el Premio Pulitzer. Ella aceptaría el papel principal en una obra de Broadway y se haría rica y famosa. Comprarían una villa en una isla cerca de Niza (por supuesto, de estilo colonial estadounidense) y celebrarían fiestas dos veces por semana.

El señor Streep miraba a Mike con recelo. Según Mike: «Había un intercambio constante de bromas y burlas entre Meryl, su madre y sus hermanos. Se tomaban el pelo unos a otros, pero de un modo encantador. Recuerdo que pensé: "Vaya, esta gente disfruta de verdad estando junta"».

Puede que Mike y la animación ocuparan la mayor parte del tiempo de Meryl, pero no lo monopolizaban. Estimulada por el dinamismo de su padre, su paso por el instituto estuvo repleto de actividades extraescolares. El primer año fue tesorera de la clase. Practicó gimnasia y la nombraron secretaria del club de francés. Fue la jefa de los «anunciantes», que recitaban el menú del almuerzo por el altavoz cada mañana. Hizo dibujos para el anuario. Nadaba.

Entretanto, seguía cantando. Entró en el coro, que actuaba con majestuosas túnicas. Un año, en el concierto de Navidad, interpretó en solitario el *Gloria* de Vivaldi en el Short Hills Mall. En la edición de 1965 del anuario del instituto aparece

con un jersey y la melena con las puntas hacia arriba, y una leyenda reza: «Una voz digna de mención».

Pero Meryl no estaba tan segura de sus facultades vocales. Le confesó a Mike que creía que su voz era «aguda y chillona». Él pensaba que era hermosa. Cuando se acercaban a su casa, ella se anunciaba gritando: «¡Oooooeee! ¡Oooooeee!». La señorita Liebling la habría matado.

«¡Como vuelva a oír ese falsete, te voy a estrangular, querida Meryl!», le respondía su madre mientras se tapaba los oídos.

En parte fue su obsesión por las actividades lo que impulsó a Meryl a presentarse en su segundo año a una audición para *The Music Man*. Había visto a Barbara Cook interpretar a la bibliotecaria Marian en Broadway, y sorprendió a muchos en el instituto al conseguir el papel. Third, que cursaba primer año, interpretaba a su ceceante hermano, Winthrop. Cuando llegó el momento del gran estreno, cantó *Goodnight, My Someone* con una voz aguda y ligera como una pluma. Le dijo a Mike que él era ese «alguien».

Incluso su profesor de química empezó a llamarla Ruiseñor.[24] El siguiente mes de abril interpretó a Daisy Mae en *Li'l Abner*, donde cantaba y bailaba vestida con unos pantalones cortos con flecos. Días después de que cayera el telón, aún seguía entusiasmada. «Casi cada día de los dos últimos meses ha sido un "día típico" en Dogpatch, como dice la canción», comentó Meryl a los dieciséis años en el periódico escolar.[25] Y añadió: «Es bastante difícil borrarlo de la mente». Al año siguiente, fue Laurey en *Oklahoma!* Su mejor amiga, Sue Castrilli, formaba parte del reparto. Y también Third. Cuando encarnaba a estas jóvenes delicadas e ingenuas, no pensaba en la interpretación. Más tarde dijo: «Pensaba en la parte cantada, el lucimiento y el baile».[26]

Era una manera de sentirse querida, algo de lo que no estaba muy convencida. «Pensaba que, si parecía bonita y hacía todo lo "correcto", le caería bien a todo el mundo. Solo tenía dos amigos en el instituto y uno de ellos era mi primo, así que

no contaba. La rivalidad adolescente por los chicos nos arrastraba a una espantosa competitividad que me hacía sentir muy desdichada. La mayor decisión que debía tomar cada día solía ser qué ropa llevar al instituto. Era ridículo.»[27]

Otra parte de ella intentaba abrirse paso. Por las tardes, después de las clases, llegaba a casa, ponía los discos de Barbra Streisand de sus padres e imitaba cada respiración, cada elevación.[28] Descubrió que no solo podía expresar las emociones de la canción, sino también sus propios sentimientos, que no encajaban con el personaje que interpretaba. Incluso mientras vocalizaba la obviedad de que «la gente que necesita gente es la más afortunada del mundo», su ironía era evidente: en el instituto estaba rodeaba de gente, pero no se sentía afortunada. Se sentía falsa.

«A menudo, tener éxito en un ámbito impide tenerlo en otro. Y junto con todas mis elecciones externas, trabajaba en lo que los actores llaman ajuste interior. Ajustaba mi temperamento natural, que tendía, tiende, a ser algo autoritario, un poco dogmático, fuerte (un poco fuerte), repleto de pronunciamientos y efusividad. Y cultivaba premeditadamente la suavidad, la afabilidad, una especie de dulzura natural y jovial, incluso la timidez, si se quiere, que era muy muy eficaz con los chicos. Pero las chicas no se lo creían. Yo no les gustaba; se daban cuenta de que estaba actuando. Y es probable que tuvieran razón. Pero me había comprometido. No era en modo alguno un ejercicio de cinismo. Estaba desarrollando una atávica técnica de cortejo, de supervivencia.»[29]

Mike Booth no parecía darse cuenta. La «ligera incomodidad» que había percibido al conocerla desapareció y la «exuberancia» ocupó su lugar. «Por alguna razón estaba aún más guapa que el año anterior», ha recordado.

Meryl retomó el dibujo y le regalaba sus caricaturas a Mike, en su mayoría de ella misma. Se representaba con los brazos peludos y una nariz alargada, vestida de animadora, o como socorrista con músculos fornidos y bigote. Prácti-

camente le pedía a gritos que se fijara en sus inseguridades. Pero Mike solo veía talento, algo de lo que él creía carecer por completo. A sus diecisiete años, era un atleta mediocre y un mal estudiante.

En mayo, Mike llevó a Meryl al baile de graduación en Florham Park. Con sus guantes blancos y su ramillete, ella le pareció una «visión de la luz sonriente». Hacía más de un año que salían. Ese mes de agosto, Mike la llevó a ver a los Beatles al Shea Stadium. Apenas se podía oír a la banda debido al griterío. Por suerte, se sabían de memoria todas las canciones. Su favorita era *If I Fell;* la llamaban «nuestra canción». Les decía lo que ya sabían: que el amor era algo más que cogerse de la mano.

El equipo de fútbol americano de la Bernards High se enfrentaba a jugadores más grandes y agresivos de toda Nueva Jersey, y estaba acostumbrado a sufrir derrotas humillantes. Pero el primer partido de la temporada, que se celebró en el otoño de 1965 contra Bound Brook, fue diferente. Un placaje clave de Mike Booth, el guardia izquierdo, le permitió a un alumno de penúltimo año llamado Bruce Thomson llevar a cabo una magnífica carrera de 45 metros, y los Mountaineers se apuntaron una insólita victoria. Mike miró a Meryl en las bandas, gritando como loca vestida con su uniforme de animadora rojo y blanco.

Pero Meryl no le prestó atención. Tenía los ojos puestos en Bruce Thomson, que había regalado a los Mountaineers su breve momento de gloria. Bruce era un cachas con el cabello de color arena, las espaldas muy anchas y un ego del mismo tamaño. Su novia, que era la capitana de la guardia de colores, estaba en el último curso, como Mike, y comenzaba a sospechar de Meryl. También algunas otras chicas. Meryl conseguía lo que quería. Y quería a Bruce.

Mike planeaba un viaje al Sur con un amigo, un último adiós antes de que el vasto mundo los engullera. La noche anterior a su partida, fue a un baile y vio a Meryl y a Bruce

abrazados. Solo podía culparse a sí mismo. Había roto con Meryl un par de semanas antes. No quería estar atado justo cuando tenía una efímera oportunidad de ser libre. La dejó escapar, tal vez para siempre. Unos meses más tarde se alistó en el ejército de Estados Unidos como soldado del cuerpo médico.

En el otoño del último curso, Meryl fue elegida reina de la fiesta de bienvenida. No sorprendió a nadie. Para entonces había forjado una coalición de cautos admiradores: las animadoras, las chicas del coro, los chicos que la hacían reír y le lanzaban miradas. Debbie recuerda haber pensado que ya todos sabían que Meryl iba a triunfar.

Siempre ella.

Y allí estaba, en el gran partido de fútbol contra Dunellen, la reina del último curso de la Bernards High. Bruce Thomson era su nuevo novio y hacían buena pareja: la reina de la fiesta de bienvenida y la estrella del fútbol americano, una poderosa pareja de instituto. Desde la carroza, miraba a sus súbditos: las *majorettes*, la guardia de colores, los deportistas, los payasos de la clase que se sentaban en la última fila… todos ellos organizados con una taxonomía adolescente. El plan que había puesto en marcha el día en que se desprendió de sus gafas de anciana estaba completo. Se había salido con la suya, casi demasiado bien.

«En el último año llegué a sentir que mi ajuste era yo misma. Me había convencido de que era esa persona y de que ella era yo: guapa, con talento, pero sin ser engreída. Ya sabes, una chica que se reía un montón de cada estupidez que decía cualquier chico, que bajaba la mirada en el momento adecuado y condescendía, que sabía adoptar un perfil bajo cuando los chicos tomaban las riendas de la conversación. Lo recuerdo muy bien y puedo decir que funcionó. Era mucho menos irritante para los chicos de lo que había sido. Les gustaba más, y eso

me agradaba. Era algo consciente, pero al mismo tiempo motivado y lo sentía plenamente. Era una verdadera actuación», recordaría Meryl.[30]

Quería llegar a ver más allá de Bernardsville, de los bailes de graduación, los pompones, las tiaras y *Goodnight, My Someone*. A los dieciocho años, viajó en avión por primera vez.[31] Al sobrevolar Bernardsville, miró hacia abajo y vio toda su vida: las carreteras que conocía, su escuela, su casa. Todo ello cabía en un espacio que podía abarcar entre dos dedos. Se dio cuenta de lo pequeño que era su mundo.

En el instituto, solo se podía jugar a un juego, y ella lo hizo. La edición de 1967 del anuario *Bernardian* revela lo limitadas que eran las opciones. Las descripciones de los graduados debajo de cada retrato de un alumno de último curso acicalado y repeinado se parecen a las aspiraciones colectivas de una generación, un manual de lo que se suponía que tenían que ser los hombres y las mujeres jóvenes. Entre los géneros había una línea gruesa infranqueable.

Basta con echar un vistazo a los chicos, con su pelo engominado y sus chaquetas:

«Guapo *quarterback* de nuestro equipo de fútbol», «grande en los deportes», «le gusta jugar al billar», «tiene predilección por las rubias», «se le suele ver con Barbara», «ferviente admirador de las motos», «le gustan los coches y repararlos», «aficionado a las carreras», «disfruta con la historia de Estados Unidos», «un genio de las matemáticas», «con futuro en la música», «futuro ingeniero», «futuro matemático», «futuro arquitecto», «desea seguir una carrera militar», «muchas posibilidades de triunfar…»[32]

Comparémoslos con las chicas, Doris Day en miniatura con sus collares de perlas:

«Quiere ser enfermera», «capitana de las animadoras», «alegra el Dairy Queen», «una morena vivaz», «bonitos ojos», «Steve, Steve, Steve», «le encanta coser», «uno de sus méritos es ser *majorette*», «un prodigio con la máquina de coser», «bo-

nita sonrisa», «le gusta la taquigrafía», «con futuro como secretaria», «futura enfermera», «se ríe un montón…».

En medio de aquellos futuros arquitectos y aquellas futuras secretarias, apenas destacaba Mary Louise Streep, quien se había dedicado durante cuatro años a intentar ser una adalid de la conformidad, y lo había logrado. Bajo su lustroso retrato, figura un resumen de lo que se ganó con tanto esfuerzo: «Rubia guapa [...] alegre animadora [...] nuestra reina de la fiesta de bienvenida [...] múltiples talentos [...] donde están los chicos».

En el extremo suroeste de Vermont, Meryl Streep estaba sentada delante de una administradora malhumorada de la oficina de admisiones del Bennington College.[33] Su padre la esperaba fuera.

«¿Qué libros has leído durante el verano?», le preguntó la mujer.

Meryl pestañeó. ¿Libros? ¿Durante el verano? ¡Estaba en el equipo de natación, por el amor de Dios!

Se puso a pensar y se acordó de que un día lluvioso había leído un libro de principio a fin en la biblioteca. Algo sobre los sueños de Carl Jung.

Pero, cuando dijo el nombre del autor, la mujer se molestó:

«Por favor, *Yung*», respondió con desdén.

Meryl se encogió en su asiento. Era el libro más largo que hubiera leído durante el verano cualquier persona que conociera, al menos cualquier miembro del equipo de natación, ¿y esa mujer la reprendía por pronunciar mal el nombre del autor?

Encontró a su padre fuera y le dijo: «Papá, llévame a casa». Y él lo hizo.

Posiblemente la había pifiado en Bennington, pero había otras opciones. A su juicio, era «una chica agradable, guapa y atlética, y había leído unos siete libros en los cuatro años de instituto. Leía el *New Yorker* y la revista *Seventeen*, tenía

mucho vocabulario, pero ni la menor idea de matemáticas y ciencias. Gracias a mi costumbre de imitar la manera de hablar de la gente, había conseguido un nivel avanzado de francés sin tener ni idea de gramática. No era muy estudiosa».[34]

Aun así, quería algo más que ir a la escuela de secretariado, a la que iban a asistir Debbie y otras chicas. Le gustaban las lenguas, lo bastante como para fingir saber un poco de francés. Tal vez podría ser intérprete en la ONU.

Resultó que el camino recto la llevó a Poughkeepsie. En el otoño de 1967 hizo el viaje de noventa minutos desde Bernardsville para estudiar su primer semestre en el Vassar College. Y esta vez sí supo pronunciar «Carl Jung».